

NIKOLÁI
POMIALOVSKI

EL SEMINARIO. BOCETOS

ANDRÉI
KONCHALOVSKI

EL PRIMER MAESTRO

VALENTÍN
RASPUTIN

LECCIONES DE FRANCÉS

MISHKIN EDICIONES

DETRESENTRÉS
COLECCIÓN MISHKIN DE NARRATIVAS

Títulos originales de las obras de este volumen:
Ócherki bursy (1861-63). *Pervyi uchítel* (1965). *Uroki frantsúzskego* (1973)

Publicados por:
Mishkin Ediciones. S. L.
Calle Cervantes, 14, 28014 Madrid
www.mishkin-ed.es
mishkin@mishkin-ed.es

© de la traducción de *Ócherki bursy*: 2015 Fernando Otero Macías
La traducción al español de esta obra ha sido posible gracias a una subvención del Instituto de Traducción Ruso (Institut Pereboda, Moscú, Rusia)

© de la obra de Konchalovski: 2015, Production Center
of Andrey Konchalovsky (Moscú)

© de la obra de Rasputin: 2015, Valentín Rasputin (Moscú)

© de la traducción de *Uroki frantsúzskego*: 2015, Esther Arias Valor

© de esta edición: 2015, Mishkin Ediciones. S. L.

ISBN: 978-84-942189-2-7

Depósito Legal: M-23485-2015

Diseño de cubierta: KEN, Mutilva Alta (Navarra)

Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)

Impresión: Calamar Edición & Diseño

C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid

Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

El seminario

Bocetos

Una velada invernal en el seminario

*Dedicado a N. A. Blagovéshchenski*¹

Ha concluido la clase. Los muchachos están jugando. La enorme estancia, que acoge al segundo curso de la escuela de distrito del seminario², tiene un aire burocrático, escasamente acogedor, sin ningún calor hogareño. Las paredes, congeladas en los rincones, están sucias, recubiertas de franjas y manchas de moho y herrumbre, de un color entre negro y parduzco. El techo está apuntalado con postes de madera: lleva mucho tiempo combado y amenaza con hundirse. En invierno extienden sobre el suelo arena o serrín, pues de otro modo estaría siempre empapado y cubierto de barro, con toda la nieve que traen los alumnos pegada a las botas cada vez que regresan del patio. Desde la pared del fondo empiezan las filas de pupitres; la silla y la mesa del profesor se hallan junto a la pared delantera, entre dos ventanas; a su derecha se encuentra la pizarra; a la izquierda, en el rincón más próximo a la puerta, encima de un taburete, hay un cubo de agua para los que quieran beber. En el rincón opuesto está la estufa; entre la estufa y la puerta se halla el ropero, donde, colgadas de ganchos, se ven las más diversas prendas: capotes, pellizas, guardapolvos, varias clases

1. Nikolái Aleksándrovich Blagovéshchenski (1837-1889), poeta y periodista, fue compañero de Pomialovski en el Seminario de San Petersburgo y uno de sus amigos más cercanos hasta el fin de sus días. [Esta nota, como todas las siguientes, a menos que se indique otra cosa, es del traductor].
2. En la Rusia del siglo XIX la educación elemental, estrechamente vinculada a la Iglesia Ortodoxa, se dividía en dos etapas: la primera, de cuatro años, se impartía en las «escuelas parroquiales», y constaba de dos «cursos» o «clases» bianuales; la segunda, a cargo de las «escuelas de distrito» (así llamadas porque solían ubicarse en las capitales de los distritos administrativos), estaba integrada por otros dos «cursos» bianuales. En las poblaciones más importantes las escuelas parroquiales y las escuelas de distrito podían estar alojadas en el mismo centro; es el caso del seminario (más un internado que un seminario propiamente dicho) donde se desarrolla esta obra.

de esclavinas. Todas han sido recosidas a partir de una pelerina de la madre o de una sotana del padre: las hay de piel vuelta, forradas de velarte, de lana o de dril; a todas se les sale el relleno de algodón, todas tienen agujeros. Y en este bendito y gélido lugar son muchos los parásitos que devoran el cuerpo del seminarista desnutrido. Apenas entra luz por las cinco ventanas, con sus verdosos vidrios con burbujas. Hay en esta clase un desagradable tufo a hollín; el aire está viciado y huele a cerrado, a humedad y a frío.

Nos situamos en la escuela en un tiempo en que llegaba a su fin el periodo de enseñanza obligatoria y empezaba a implantarse la Ley del límite de edad. Hubo una época —de esto hace ya mucho— en que, por orden gubernativa, no solo los críos más pequeños, sino hasta mozos bien barbados eran sacados a la fuerza de sus aldeas, donde a menudo ocupaban puestos de diácono o de sacristán, y eran enviados a los seminarios, y allí aprendían a leer y escribir, las cuatro reglas y el Estatuto eclesiástico. Algunos ya estaban prometidos y soñaban plácidamente con la luna de miel cuando los sorprendía la tempestad y acababan casados con Pozharski³, con Memorski⁴, con el salterio y con los rudimentos del canto litúrgico, tenían que familiarizarse con las varas de mayo (los azotes), y se veían sometidos a las inclemencias del hambre y el frío. En aquellos tiempos hasta en las escuelas parroquiales la mayoría eran adultos, y no digamos en los restantes centros de enseñanza, especialmente en los seminarios mayores. A los que ya habían alcanzado una edad respetable no los tenían allí demasiado tiempo: después de tres o cuatro años de instrucción se les permitía ir a servir como diáconos. En cambio, los alumnos algo más jóvenes y que ponían más empeño en el estudio, cuando no superaban la treintena —aunque tampoco era raro que

3. Yákov Ósipovich Pozharski, escritor y pedagogo ruso de comienzos del siglo XIX (se desconocen las fechas precisas de su nacimiento y muerte), autor, entre otras obras, de dos manuales de Gramática rusa (1817 y 1821), de uso corriente en los seminarios de la época.
4. Mijaíl Fiódorovich Memorski (fallecido antes de 1830), escritor y pedagogo, autor de numerosas obras, entre ellas distintos libros de texto de materias tales como Aritmética, Historia sagrada, Geografía o Gramática.

pasasen de esa edad—, eran promocionados hasta llegar al Curso de Teología (el curso superior en los seminarios). Entre llantos, gemidos y plañidos, las familias mandaban a sus retoños a la escuela, y estos retoños regresaban a casa con un sentimiento profundo de odio y de aversión al centro de enseñanza. Pero de eso hace ya mucho.

Los tiempos han cambiado. Poco a poco ha ido calando en la sociedad la conciencia acerca, si no del beneficio de la instrucción, al menos de su inevitabilidad. Era necesario asistir, como mínimo, a la escuela parroquial para tener derecho a un puesto de sacristán de aldea. Los propios padres se encargaban de llevar a sus hijos a la escuela, los pupitres se ocupaban de prisa, el número de alumnos se multiplicaba y se acabó alcanzando un punto en el que ya no había sitio para todos en los centros de enseñanza. Fue entonces cuando se concibió la famosa Ley del límite de edad. Todavía hubo padres que conservaron la costumbre de mandar a la escuela a sus hijos ya mayores, y con cierta frecuencia enviaban a muchachos de dieciséis años. Tras invertir dos años en cada uno de los cuatro cursos del centro, los estudiantes alcanzaban la máxima edad legal; esa circunstancia se hacía constar en su certificado de estudios (en el libro escolar), y al joven le enseñaban la puerta (lo expulsaban). Había en el centro hasta quinientos alumnos; de ellos, cada año recibían su certificado unos cien, si no más; para ocupar el lugar que dejaban vacío, nuevas multitudes llegaban de las aldeas (la mayoría) y de las ciudades. Al cabo de un año enseñaban la puerta a otro centenar. Los que obtenían el certificado solían convertirse en novicios, diáconos, sacristanes y escribientes de los consistorios⁵; pero casi la mitad vagaba por la eparquía sin oficio ni beneficio; no sabían adónde dirigirse con sus certificados, y más de una vez corrió como la pólvora la terrible noticia de que a todos los desocupados los iban a reclutar a la fuerza. De este modo se explica cómo se mantenía el entramado escolar, y por qué la mitad de los alumnos que encontramos en esta clase oscura y sucia era gente ya bastante talludita.

5. En la Iglesia Ortodoxa rusa, los consistorios eran unos órganos eclesiásticos de carácter administrativo, dependientes de las distintas eparquías (circunscripciones territoriales equivalentes a las diócesis en la Iglesia Católica).

Un viento muy desapacible sopla en el patio, que está completamente embarrado. A los estudiantes ni se les ocurre salir a la calle; se aprecia a simple vista que en esta aula inmensa hay más de cien individuos. ¡Qué gente más variopinta! ¡Qué mezcolanza de ropas y de caras!⁶ Hay alumnos de veinticuatro años, como los hay de doce. Están repartidos en numerosos grupitos; se suceden los distintos juegos: juegos originales, como lo es todo en el seminario. Algunos muchachos deambulan en solitario; otros duermen, a pesar del ruido, y no sólo en el suelo, sino también sobre los pupitres, por encima de las cabezas de sus camaradas. Hay un guirigay ensordecedor.

La mayoría de los individuos que aparecen en estos bocetos figurarán con los apodos con los que fueron bautizados por la comunidad, como el Mitaja, Elpaja, Tavlia, Chabria Scissors, el Hurón, Escupitajos, el Omega, Yerra-Koksta, Katka⁷ y otros. Pero eso es imposible en el caso de Semiónov: los seminaristas le habían puesto un mote que ninguna censura dejaría pasar. Hasta tal punto era indecente.

Semiónov es un muchacho bien parecido, de unos dieciséis años. Hijo de un sacerdote de ciudad, se comporta correctamente y viste de manera impecable; enseguida se advierte que la escuela no ha acabado de borrar del todo las huellas de su vida familiar. Semiónov es consciente de que él es de ciudad, y la comunidad mira con desdén a los de ciudad, y los llama nenazas: adoran a sus mamás, y también los bollos y los *príániki*⁸ de sus mamás, no saben pelear, tienen miedo a los azotes, son personas débiles que necesitan el amparo de la

6. «¡Qué mezcolanza de ropas y de caras!»: verso del poema *Los hermanos bandoleros* (1822), obra de Aleksandr Serguéievich Pushkin (1799-1837).

7. Algunos de estos motes (y de otros que irán apareciendo gradualmente), como Elpaja o Yerra-Koksta, se han resistido a los intentos de explicación de los comentaristas de la obra; para otros se han propuesto distintas justificaciones. En cualquier caso, en su mayoría parecen aludir—como cabe esperar en estos casos— a determinadas imperfecciones físicas, limitaciones intelectuales o anécdotas de la vida escolar de los motejados.

8. Los *príániki* son unos dulces tradicionales rusos, a base de harina y miel, a los que se añaden frutos secos, uvas pasas o especias; pueden presentarse en forma de figurillas de animales o con distintos motivos decorativos.

dirección. Para la comunidad, apenas hay excepciones a esta regla entre los de ciudad. La expresión del semblante de Semiónov resulta un tanto extraña, difícil de interpretar: triste y a la vez maliciosa; su temor a los compañeros se combina con un odio disimulado. Ahora está aburrido, va de acá para allá y no sabe con qué distraerse. Trata de mantenerse al margen de sus compañeros, de pasar el tiempo en solitario; pero todos los demás están en grupo, practicando distintos juegos, cantando canciones, charlando, y a él también le entran ganas de compartir con alguien su tiempo libre. Se acerca a unos que están jugando a las piedras y dice con timidez:

—Anda, *dejarme* jugar.

—No se puede mezclar el aceite y el agua —le responden.

—¿Quieres algo de esto? —dice otro, y le hace una bonita higa en sus mismas narices, mostrándole la uña sucia del pulgar.

—¡Largo de aquí, si no quieres llevarte una buena! —añade un tercero.

Semiónov se aparta abatido, aunque las palabras de sus compañeros no le han afectado demasiado. Ya está más que acostumbrado y sabe soportar sus malos modales.

—¡Señores, al rojo vivo!

—¿Con quién, Tavlia? —se oyeron algunas voces.

—Con Goroblagodatski.

Semiónov y otros alumnos se dirigieron a una mesa donde dos de los alumnos mayores también estaban jugando a las piedras: Goroblagodatski, que era el segundo más fuerte de la clase, y Tavlia, el cuarto más fuerte. En torno a los jugadores, las caras de sus compañeros mostraban una sonrisa de oreja a oreja, a la espera de un espectáculo entretenido.

—¡Venga! —dijo Tavlia.

Goroblagodatski colocó la mano en la mesa y abrió los dedos. Tavlia le puso cinco piedrecillas en la mano, repartidas del modo más incómodo posible.

—¡Tíral! —dijo.

El otro arrojó las piedras hacia arriba y solo pudo atrapar tres de ellas.

—¡Has fallado dos! —corearon los espectadores.

—Ya puedes ir escribiendo a tus padres, amigo —añadió Tavlia por su parte.

Goroblagodatski, sin replicar, colocó la mano izquierda en la mesa. Tavlia lanzó una piedra al aire; mientras volaba tuvo tiempo de darle un pellizco tremendo en la mano a Goroblagodatski, antes de volver a coger la piedra.

La gente se partía de risa.

Todo el mundo conoce, con seguridad, el juego de las piedras, pero en la escuela contaba con un añadido original: aquí iba acompañado de pellizcos, y para colmo pellizcos fríos, tibios, calientes y al rojo vivo, que se llevaban los perdedores. Solo los más jóvenes, los más verdes del primer curso, jugaban sin pellizcos, pero ahora el lector está asistiendo a un juego con pellizcos al rojo vivo.

A todo esto, la madre (la piedra principal) ya estaba volando por el aire, mientras las recias manos de Tavlia retorcían la piel de la mano a su rival y le daban unos tirones de lo más crueles. Al cabo de veinte pellizcos la piel se ponía muy roja; al cabo de cincuenta se llenaba de moratones.

—¿Te gusta? —pregunta Tavlia, mirándolo a los ojos.

Su rival no dice nada.

—¿Te gusta?

Sigue sin haber respuesta.

—¡Tírale bien, tírale bien! —dicen los presentes.

—¡Empieza a llorar y te dejo! —dice Tavlia.

—¡Ándate con ojo, no vayas a llorar tú! —replica Goroblagodatski. Al robusto mocetón le duele mucho la mano, pero solo su expresión sombría revela cómo se siente.

—¿Qué dices, hombre? ¿Duele?

Tavlia le arreó tal pellizco que Goroblagodatski no tuvo más remedio que apretar los dientes. Todo el mundo se partía de risa.

—¿Vida o muerte?

Otro pellizco igual de fuerte, entre las risotadas de los espectadores. No había allí malicia ni burlas perversas: los compañeros solo veían el lado cómico de la situación. El único que sonreía de una manera peculiar era Semiónov: su satisfacción no se parecía a la del resto; en efecto, no hacía más que repetirse a sí mismo, para sus adentros: «¡Eso es, eso es!».

Llegaron hasta cien...

—¡Bah, al diablo! —se rindió por fin Tavlia.

Goroblagodatski odiaba profundamente a Tavlia y, si se había decidido a competir con él, lo había hecho con la esperanza de salir vencedor y propinarle algo peor que unos pellizcos al rojo vivo. Ambos eran de segundo curso. Cada centro escolar tiene sus propias tradiciones. Los aborígenes de la escuela, obligados a estar sentados delante de un libro, se agrupaban en la comunidad, que se caracterizaba por su actitud hostil hacia a la dirección, y que transmitía su odio a las sucesivas generaciones. La dirección, a su vez, también se mostraba hostil con la comunidad y, a fin de mantenerla dentro de los límites de la disciplina escolar (el código de reglas de conducta y estudio), había creado todo un sistema burocrático en el seminario. Sabiendo que todo reino dividido contra sí mismo es asolado⁹, situaron a algunos compañeros bajo el dominio de otros, con la intención de garantizar la discordia entre ellos. Las autoridades eran: los delegados de los dormitorios, escogidos entre los de segundo curso; los delegados de guardia, escogidos entre los delegados de los dormitorios, y que realizaban turnos semanales en todo el centro; los censores, que vigilaban el comportamiento en clase; los auditores, que tomaban la lección por las mañanas y anotaban las calificaciones en los boletines (unos cuadernos especiales para las notas); finalmente, la última autoridad, y posiblemente la más terrible, eran los ejecutores, estudiantes que, siguiendo órdenes de un profesor, azotaban a sus propios compañeros. Todas estas autoridades se elegían entre los alumnos del segundo curso. Había alumnos que después de pasar dos años sentados detrás de un pupitre seguían en la misma clase otros dos años más, por culpa de su pereza y de su escaso apro-

9. *Mateo*, 12, 25 y *Lucas*, 11, 17.

vechamiento: estos eran los llamados estudiantes de segundo curso. Como es natural, a esos estudiantes siempre les quedaba memorizada alguna cosa de las lecciones de sus maestros, razón por la cual sabían más que los de primero. La dirección había reparado en ello, y no falló en sus previsiones: los de segundo curso, deseosos de preservar su poder, se aplicaron al estudio, y muchos de ellos se convirtieron en los más destacados de la clase, pues no había sido la falta de talento, sino la pereza lo que les había llevado a repetir curso. Éste era el fundamento de la burocracia escolar, con cuya ayuda la dirección pretendía minar los fundamentos de la comunidad.

Todo esto tenía unas consecuencias en verdad abominables. Los alumnos de segundo gozaban de una confianza total por parte de la dirección; quejarse de ellos era una ofensa para el supervisor y el inspector. Su despotismo había alcanzado un grado absoluto, y no hay nada que denigre tanto el espíritu de un centro educativo como el poder de un estudiante sobre otro. Censores, auditores, delegados y ejecutores tenían plena libertad para hacer lo que se les antojara. El censor era algo así como un reyezuelo en su reino, los auditores venían a ser los cortesanos y los estudiantes de segundo curso la aristocracia. Más aún, los alumnos de segundo, al llevar allí dos años extra, se iban haciendo adultos, como es natural, por lo que la fuerza física también estaba de su parte. Finalmente, por esa misma causa, estaban familiarizados con los rituales y procedimientos de su curso y con el carácter de los profesores: conocían las tretas adecuadas para engañarlos. Un novato no podía dar un solo paso sin contar con la ayuda de uno de segundo curso. Al poner en marcha este sistema despótico, la dirección había pensado que estimularía el chivatazo y la delación entre los miembros de la comunidad. Pero había ocurrido justo lo contrario: los estudiantes de segundo acabaron siendo o unos seres abyectos y repugnantes, como Tavlia, o unos salvajes, como Goroblagodatski. Se odiaban unos a otros, porque usaban de un poder que habían puesto en sus manos para otros fines. A Tavlia también lo odiaban los otros forzudos, Lashezín y Beneliavdov; a él todo el mundo lo odiaba y despreciaba.

En su condición de auditor del segundo curso, y siendo además todo un fortachón, Tavlia era un mangoneador insoportable: a sus subordinados les quitaba dinero, panecillos, raciones de carne, papel, libros. Para colmo, Tavlia era un usurero. La usura en la escuela, dada su organización pedagógica absurda, era desvergonzada, insolente y despiadada. Nunca se han cobrado ni se cobrarán jamás en ninguna parte unos intereses de una magnitud como los de allí. No era raro sino más bien la norma que, si a alguien se le prestaban diez kopeks por un plazo de una semana, tuviera que devolver quince kopeks; es decir, en el plazo de un año, que es el periodo generalmente establecido para los préstamos, el capital se habría multiplicado por veinticinco. Hay que advertir, además, que si el deudor no devolvía la deuda en el plazo de una semana, como se había acordado, una semana más tarde estaría obligado a devolver veinte kopeks, en vez de quince. Esos intereses han sido norma en el seminario desde tiempo inmemorial. Tavlia no era el único que despellejaba a sus compañeros: él sencillamente lo hacía más a las claras. Siempre había alguien que necesitaba un préstamo. Pongamos que un censor o un auditor habían exigido un soborno; si no se les pagaba, mala cosa, pero muchas veces los estudiantes no tenían dinero. Entonces el alumno de primer curso acudía a un compañero que se dedicaba a la usura, y aceptaba cualquier interés que le quisiera pedir con tal de librarse de los crueles azotes que le esperaban. El crédito solo estaba garantizado por los puños o por la posibilidad, siempre próxima, de hacerle una canallada al deudor. De ahí que los únicos que se arriesgaban a prestar dinero fueran los de segundo curso. Conviene tener en cuenta que el mayor peso a este respecto recaía sobre los de ciudad, ya que iban a casa los domingos y volvían de allí con dinero fresco. Por eso mismo todo el mundo les daba la tabarra, y eso que bastaba con tener una asignación semanal de un grívennik¹⁰ para que a uno lo considerasen un potentado. Por esa razón eran muchos los que tenían deudas impagadas, y a menudo se veían obligados a salir huyendo. La naturaleza miserable, vil y depravada de Tavlia se manifestaba en todo su esplendor en el ambiente

10. El *grívennik* (o *grívna*) era la moneda de diez kopeks.

despótico del segundo curso. Vivía como un señorito, no quería saber nada de nadie; otros le preparaban apuntes y listas de vocablos que utilizaba para estudiar; no se levantaba ni para beber agua, sino que gritaba: «¡Eh, Katka, quiero beber!». Sus súbditos le rascaban los talones, o bien mandaba que alguno cogiera un cortaplumas y se lo pasara entre los cabellos, dejándole la asquerosa cabeza limpia de caspa, a la que, por alguna razón, llamaba carne; obligaba a que le contaran cuentos, que tenían que ser de miedo, y en caso contrario le daba una paliza al narrador. Conociendo la profunda depravación de Tavlia, ¿qué servicios no le prestarían sus subordinados? Para colmo, era cruel con quienes lo atendían. «¿Quieres faisán, Katka?», decía, tirando del pelo a su súbdito. «Así te acariciaba tu mamá la cabeza; espera un poco, que te voy a enseñar cómo te la acaricia tu papá». Tras lo cual, hundiéndole un dedo en las lanas (en el pelo), lo iba deslizando, sin dejar de apretar, desde el comienzo de la frente hasta el final del cuello. «¿Conoces Moscú?», le preguntaba a un compañero, pegando sus anchas, sudorosas y sucias manos a las orejas de aquel súbdito; entonces le estrujaba con fuerza la cabeza y a continuación, levantándolo en vilo, decía: «Y ahora ¿estás viendo Moscú? ¡Ahí lo tienes!». Obligaba a sus camaradas a hacer el trineo, esto es, los tumbaba boca arriba en el banco de un pupitre, les levantaba las piernas y se las doblaba hacia atrás, hacia la cara. Para él, escupir en la cara a un compañero, golpearlo y humillarlo de todas las maneras posibles era una necesidad espiritual. Todos sabían que en cierta ocasión Tavlia había sacado unos gurriatos de su nido, los había cogido de las patitas y los había despedazado. Una minoría de estudiantes lo odiaba; la mayoría lo temía y lo odiaba.

Goroblagodatski era de naturaleza fuerte, pero salvaje. Repetir curso había producido en él un efecto completamente distinto que en Tavlia. Era la prueba evidente de que la dirección había calculado mal al introducir el despotismo de unos alumnos sobre otros, en su deseo de fomentar el soplo y la traición en el seno de la comunidad. El propio despotismo sirvió de apoyo a la comunidad. Los de segundo se convirtieron en los defensores de la tradición y, habiendo heredado el odio a la dirección, emplearon el poder que se les había otorgado para

infamar a la propia dirección. Censores, auditores y ejecutores se pusieron del lado de la comunidad, y a la cabeza de todos ellos, en la clase a la que nos estamos refiriendo, se situó Goroblagodatski. Las borracheras, el consumo de rapé, las ausencias injustificadas de la escuela, las peleas y el alboroto, toda clase de juegos absurdos: todo eso estaba prohibido por la dirección, y todo eso lo practicaba la comunidad. Las absurdas memorizaciones y los castigos espartanos habían endurecido a los estudiantes, y a ninguno tanto como a Goroblagodatski.

Era un incorregible.

Los incorregibles se reconocían tanto por su actitud como por su aspecto. Iban por ahí pavoneándose, con los brazos cruzados, el hombro derecho echado hacia delante, con paso lento y desafiante; su figura entera parecía decir: «¿Quieres que te sacuda en todos los morros? ¿Qué te has creído? ¿Que no me atrevo?». Raramente cedían el paso a nadie, y preferían dar un rodeo al ver a un superior con tal de no tener que inclinarse ante él. Goroblagodatski apoyaba las causas más innobles siempre que redundaran en perjuicio de las altas esferas, y solía hacer las trastadas más salvajes. Devoto del pasado y de las tradiciones, defendía la libertad y el albedrío del seminarista y, en caso de que hubiera sido necesario, no habría dudado en sacrificar por esta causa sagrada ni su reputación ni su certificado. Era la piedra angular de la comunidad. Eran estos seminaristas con tal grado de heroísmo aquellos a los que solían tachar de incorregibles. Pero los había de distintos tipos. Estaban los llamados benditos, unos sujetos bastante estúpidos que, a pesar de todo, defendían idénticos principios; distintos eran los casos perdidos: estos no tenían un pelo de tontos, pero eran perezosos y negligentes; en cambio, Goroblagodatski era de los llamados cerebros: estos se contaban entre los primeros en los estudios y entre los últimos en conducta. Un cerebro o un caso perdido se las arreglaba para fastidiar a la dirección de una manera inteligente, mientras que un bendito lo hacía de forma estúpida. Por ejemplo, de pronto se reía a la cara de un profesor y le hacía una higa; azotaban a un bendito, y al rato se le ocurría otra insolencia estúpida. Pero ninguno de

los incorregibles igualaba a Goroblagodatski a la hora de atacar a la dirección. Si le untaban la puerta al ecónomo con una *kasha*¹¹ repugnante (un aguachirle a base de alforfón), si a un profesor odiado le llenaban el abrigo de piojos¹², si a un cerdo propiedad del inspector le rompían las patas o le arrancaban el rabo, si saqueaban la bodega del supervisor, si una noche hacían añicos toda una hilera de ventanas, aquello era obra de Goroblagodatski, que tenía el arrojo de empujar a los benditos y a los casos perdidos a cometer vilezas contra la dirección. Cada vez que hacía falta declararse en huelga contra la dirección, el instigador, de todas todas, era Goroblagodatski: bajo su influencia los incorregibles arrastraban a quienes habían sido azotados recientemente y a toda suerte de sujetos descontentos; estos a su vez agitaban al resto de la clase, y hasta los más apocados y sumisos empezaban a protestar y a amenazar. La comunidad se excitaba e iba fraguando el alboroto en el seminario: era lo que en la lengua local se conocía como un motín. Los protestantes sabían de antemano que de la dirección no iban a obtener nada: si, por ejemplo, les estaban dando de comer una carne que parecía carroña, no dudaban en absoluto de que tras la agitación seguirían comiendo esa misma carne; pero de aquella manera daban, al menos, rienda suelta a su ira, aunque se saldase con azotes para uno de cada diez alumnos.

Siendo un incorregible, Goroblagodatski era castigado a menudo por la dirección; en siete años lo azotaron más o menos en trescientas ocasiones, y fue incontable el número de veces en que le impusieron otra clase de castigos propios del seminario. Hay que decir, no obstante, que aún recibió pocos azotes: por sus variopintas hazañas debería haber sufrido cinco veces más castigos de los que sufrió, pero era una persona mañosa y astuta. Los incorregibles habían desarrollado variados

11. Especie de gachas, preparadas a base de distintos tipos de cereales.

12. Había una enorme cantidad de estos insectos en el seminario. Aunque parezca increíble, poco les faltó para comerse vivo a un alumno: se había convertido en una especie de gigantesco nido para estos parásitos. Se veían manadas enteras paseándose por su cabeza cubierta por unas desaliñadas guedejas; en cierta ocasión le quitaron la camisa y la sacaron a la nieve, y esta se volvió negra de tantos piojos como había. En general, la falta de higiene en el seminario era asombrosa: la escrófula, la sarna y la siedad devoraban el cuerpo de los seminaristas. [Nota del autor].

métodos para hacerle la vida imposible a la dirección. Especialmente notable era un procedimiento al que llamaban dar vueltas en círculos. Por ejemplo, le encuentran una tabaquera a A; A dice que no es suya, sino de B; B remite a C; C a A; A otra vez a B, y así sucesivamente: vete tú a averiguar de quién es esa tabaquera. Hasta unos treinta estudiantes podían entrar en el círculo, y entonces ni el mismísimo Salomón sería capaz de decidir a quién había que azotar. Durante los motines siempre recurrían a este sistema. «¿Por qué has gritado en clase?». «A mí me ha enseñado Fulano». «¿Y tú por qué le has enseñado?». Este a su vez mencionaba a otro alumno, y al final se armaba tal lío que no se aclaraba ni el diablo. Engañar a la comunidad se consideraba un crimen, engañar a la dirección, una proeza y una noble acción. Podía ocurrir que no castigaran a quien se lo merecía, pero el castigado raramente delataba al verdadero culpable. La confesión voluntaria de una mala acción se consideraba entre los estudiantes una vileza y una cobardía; por el contrario, quienes mentían con mayor descaro a la dirección, quienes se obstinaban en negar sus culpas sin ningún reparo, quienes lo enredaban todo de forma magistral, quienes ponían a Dios por testigo y juraban por lo que más querían en el mundo, esos se ganaban la admiración de la comunidad del seminario. También a este respecto Goroblagodatski destacaba por encima de los demás; gracias a su dilatada experiencia en todo tipo de escándalos, había desarrollado una especial habilidad a la hora de escurrir el bulto. Otros se limitaban a no confesar sus faltas, mientras que él, con una insolencia presuntuosa, mirando directamente a los ojos del superior, respondía en tono desafiante, mientras se dibujaba en su rostro tal expresión de ofendida inocencia que hasta el más experimentado fisionomista y psicólogo se habría quedado desconcertado. Interiorizaba hasta tal punto el papel de inocente que acababa creyendo en su propia inocencia, y nunca confesaba cuando lo azotaban. Despreciaba y tenía en nada todo lo que venía de la dirección; de ahí que ni los vergazos, ni las bofetadas, ni la privación de alimentos, ni la obligación de quedarse de rodillas, ni las reverencias hasta el suelo ni nada semejante tuvieran para él ningún significado moral. Un castigo no constituía ningún desdoro, era algo carente de sentido y asociado

únicamente al dolor y a los gritos; por eso Goroblagodatski, cuando era azotado públicamente en el comedor, a la vista de quinientas personas, no solo no tenía ningún reparo en presentarse ante sus camaradas inmediatamente después del castigo, sino que incluso se pavoneaba ante ellos. Tamaña desvergüenza ante los golpes de la autoridad se tradujo en un dicho local: «No plantan nabos, tan solo te azotan». Qué podría haber mejor que eso: el ejecutor, un estudiante que azotaba a sus propios compañeros, respetado y querido por estos, porque hacía su trabajo a su conveniencia; experimentado en su labor, sacudía con ganas a sus camaradas, y las varas silbaban en el aire cuando había debajo una buena cabeza. A Goroblagodatski lo azotaron muchas veces; llegó a saborear hasta cien golpes, y por eso soportaba la vara mejor que sus compañeros. En consecuencia, miraba cualquier tipo de castigo con total indiferencia. Lo obligaban a ponerse de rodillas en el mismo borde del tablero inclinado de un pupitre; tenía que realizar doscientas reverencias hasta el suelo envuelto en dos pellizas de lobo; lo condenaban a levantar en vilo una gruesa piedra durante media hora o más (ni que decir tiene que aquella había sido una ocurrencia de la dirección); le daban en las palmas de la mano con la regla; lo abofeteaban en las mejillas; le echaban sal en el cuerpo azotado (eso pasaba, creedlo)... Todo eso lo soportaba como un espartano: después del castigo su expresión se volvía feroz y salvaje, y su alma se llenaba de odio a la dirección. Ya hemos visto la capacidad de Goroblagodatski para aguantar el dolor físico, mientras Tavlia le propinaba pellizcos al rojo vivo.

El robo, la difamación, el maltrato de bienes ajenos y toda suerte de tropelías no se consideraban actos infames si iban dirigidos contra la dirección; ahora bien, en el seno de la comunidad los comportamientos eran honrados, y a este respecto Goroblagodatski se nos presenta bajo una luz nueva. Jamás admitía un soborno; al tomar las lecciones, calificaba de un modo justo y ecuánime, sin intentar abusar de nadie; a menudo defendía a los más débiles, le gustaba mediar en las disputas y, aunque fuera de manera despótica, siempre las resolvía con equidad; hacía la vida imposible a usureros y extorsionistas. La comunidad le tenía consideración y respeto.

Ya hemos dicho que Goroblagodatski odiaba profundamente a Tavlia por su carácter abyecto, pero eso no le impedía jugar con él a las piedras: tenía ganas de derrotarlo y martirizarlo.

Cuando acabaron los pellizcos, Tavlia propuso astutamente:

—¿Echamos otra partida?

Tavlia jugaba muy bien a las piedras y tenía confianza en sí mismo.

—¡Val! —contestó Goroblagodatski con resolución.

Las piedras volvieron a entrechocar.

Desde lejos, Semiónov miraba a los jugadores. Semiónov pertenecía a una tercera clase de estudiantes, creada igualmente por la administración del seminario. Hoy la comunidad iba a denunciarlo como fiscal.

La dirección era consciente de que el sistema pedagógico del seminario no había cumplido sus objetivos y de que los estudiantes, lejos de renunciar a sus prácticas, seguían progresando por la senda de los despropósitos. Había surgido así una nueva autoridad: el fiscal, que informaba en secreto a la dirección de cuanto ocurría en la comunidad. Se entiende el odio de los estudiantes a esos chivatos; de hecho, se requería una enorme vileza para postularse como fiscal. Los alumnos capaces y aplicados jamás se dedicaban a informar, no les hacía falta para ocupar una posición destacada en la lista; los informantes secretos siempre eran unos individuos sin talento y unos cobardes de lo más rastrero; a cambio de sus miserables servicios la dirección los promocionaba de curso, como si fueran buenos estudiantes. Pero ya hemos dicho que la comunidad, como tal, era honrada, y por eso mismo no respetaba a aquellos alumnos que, fuera porque extorsionaban a la dirección, o por sus lazos familiares o por gozar de protección o, peor aún, por prestarse a actuar como fiscales, ocupaban una posición que no les correspondía. Más aún, los estudiantes estaban convencidos, y no sin razón, de que los chivatos no solo informaban de lo que efectivamente ocurría en la comunidad, sino que también difamaban, ya que el fiscal tenía que demostrar a toda costa su celo al servicio de la dirección. Incluso

cuando informaba de algo verdadero al inspector o al supervisor, seguía despertando el odio y la rabia entre sus compañeros de clase. Unos chiquillos, por ejemplo, se proponen montar una juerga, o arrancarle la cola al cerdo del ecónomo, o ir a visitar a escondidas a una lavandera conocida o a pasárselo bien como sea, y de buenas a primeras, en vez de todo eso, se encuentran con que el inspector, prevenido de antemano, los castiga con una paliza brutal. Es verdad que en la mayoría de los casos, gracias a la invencible tenacidad de los seminaristas, las delaciones no acababan en castigo, pero en cualquier caso la dirección se las arreglaba para sacar partido a tales denuncias. ¿Cómo explicar, si no, que el inspector impusiera a dos alumnos castigos distintos por idénticas faltas? En la mayoría de los casos esto obedecía a que el alumno que recibía el castigo más severo había sido objeto de denuncias por parte de los fiscales. La dirección no toleraba, en particular, a aquellos individuos que odiaban y perseguían a los soplones. Toda la información que le llegaba por medio de estos quedaba consignada en un libro negro. Este libro tenía una importancia enorme de cara a las promociones de curso; llegado el caso, muchos alumnos recibían inopinadamente el llamado pasaporte del lobo: eran los certificados habituales, pero que incluían una observación relativa a la mala conducta del interesado; esa clase de certificados solo podía explicarse contando con el libro negro.

Semiónov tenía la impresión, aunque no se atrevía a creérselo, de que la comunidad había adivinado que él era un fiscal. Era totalmente consciente de que nadie quería cruzar una palabra con él, y la primera medida contra los informadores era el silencio: toda la clase, y a veces toda la escuela, se ponía de acuerdo en no decir una sola palabra, con excepción de los insultos, a un fiscal. Era una situación atroz: pasar semanas enteras entre seres humanos y no escuchar ni un solo sonido afable, ver el desprecio más repulsivo y la repugnancia en todos los rostros, estar completamente convencido de que nadie iba a ayudarte en nada, es más, de que todo el mundo disfrutaría haciéndote daño... De hecho, en la comunidad ninguna ley amparaba al fiscal: podían difamarlo, infligirle castigos, sustraerle o romperle

sus pertenencias, hacerle pedazos sus ropas y libros, golpearlo, maltratarlo. Cualquier otra actitud con el fiscal se consideraba innoble.

Y, a pesar de todo eso, la dirección corrompió infructuosamente a varias decenas de individuos para siempre, al convertirlos en informadores: la vida escolar seguía discurriendo de acuerdo con sus absurdos procedimientos y la comunidad hacía lo que le venía en gana.

Semiónov, viendo a los que estaban jugando a las piedras, se sonreía maliciosamente.

—¡Al rojo vivo! —exclamó Goroblagodatski.

Había algo siniestro en su voz. Tavlia se acobardó y se puso pálido en un momento.

Los compañeros volvieron a congregarse a su alrededor. De nuevo la piedra voló por el aire, pero ahora la mano de Tavlia estaba apoyada en la mesa; de nada le había servido confiar en su destreza: Goroblagodatski, de primeras, hizo una ronda de ocho, y Tavlia falló una de cinco...

—¡Sin final! —dijo Goroblagodatski en tono severo.

Tavlia parecía bastante asustado. Los espectadores no se reían: se daban cuenta de que la cosa iba en serio, y Goroblagodatski se estaba tomando la revancha.

Contaron hasta cien. Tavlia tenía la mano hinchada por los pellizcos tan tremendos. El dolor era atroz; finalmente, ya no pudo más e imploró:

—¡Vamos, ya está bien!...

—Cuando lleguemos a doscientos, pide clemencia —contestó Goroblagodatski.

—¡No veas cómo duele!...

—Y más que te va a doler.

Cuando iban por ciento setenta, la mano de Tavlia se volvió de un color azul oscuro. El dolor le subía hasta el hombro...

—Ya basta, Vania... ¿Qué va a pasar?

Goroblagodatski, por toda respuesta, pellizcó con saña a Tavlia.

Tavlia sabía que Goroblagodatski nunca traicionaba su palabra, pero le dolía tanto en todo el brazo que no podía dejar de rogar:

–Para... Ya te has divertido.

–Tú di otra palabra y te arreo otros doscientos...

Goroblagodatski le dio un pellizco peor que los de al rojo vivo. Tavlia no pudo soportarlo: las lágrimas le rodaron por las mejillas.

Doscientos, por fin.

–¡Ahora pide perdón!

Por más que le dolía, a Tavlia le daba vergüenza pedir perdón.

–¡Venga, déjalo ya!

–¿De qué te reías hace un rato?

–¡Si solo era una broma!

–¿De modo que te atreves a burlarte de mí, pedazo de animal?

Pellizcó a Tavlia cruelmente.

–Vale, Vania, perdóname...

Era como si Goroblagodatski lamentase tener que poner fin al sufrimiento de su odiado Tavlia. Hizo acopio de todas sus fuerzas, y con el último pellizco a Tavlia, la mano se le puso negra.

–Ya te has llevado lo tuyo. ¿Suficiente? –preguntó Goroblagodatski.

Nada más liberarse, el terror en el alma de Tavlia cedió el paso a la furia y la rabia.

–¡Canalla! –exclamó–. ¡Olvídate de mí! ¡Te voy a dejar sin dientes!

–¿Tú?

–Sí, yo.

–Aquí tienes mi jeta, adelante –dijo Goroblagodatski, ofreciéndole la cara.

Enrabiado, Tavlia perdió el control y le propinó una sonora bofetada a su enemigo, pero en respuesta recibió otra aún más potente. Se enzarzaron en una pelea...

«¡Eso es! ¡Eso es!», se animaba Semiónov...

Tavlia estaba tan fuera de sí que, aun con el brazo machacado, no se rendía ante Goroblagodatski, a pesar de la mayor fuerza de este. La ira embriagaba a Tavlia y multiplicaba sus fuerzas, hasta el punto de que no era fácil predecir quién iba a alzarse con la victoria... Fue una nueva ofensa que Goroblagodatski guardaría en su alma. Después de la pelea, Gorobla-

godatski se acercó a beber agua del cubo; Semiónov se le cruzó por medio. Goroblagodatski le dio una bofetada y siguió su camino como si nada. Semiónov lo miró con rabia, pero no se atrevió a abrir la boca.

Después de quedarse unos segundos parado en mitad del aula, Semiónov se puso a deambular de un lado a otro, entre las filas de pupitres, deteniéndose aquí y allá, sin saber adónde ir.

Se quedó mirando cómo unos jugaban a pídola, un juego que probablemente conoce todo el mundo, de modo que no voy a pararme a describirlo. En otro sitio dos chavales partían priániki, es decir, apoyaban espalda contra espalda, y con los brazos entrelazados por los codos, cada uno cargaba alternativamente con el rival, levantándolo sobre sus espaldas; lo hacían a toda prisa, de modo que los dos chicos formaban una sola figura oscilante. Había un ejecutor, llamado Supina, ensayando su arte junto a la estufa: tenía en las manos unas varas estupendas; las blandía y sacudía en el aire los extremos destinados a caer sobre el cuerpo de sus compañeros. En la tercera fila de pupitres jugaban a los capirotaños: este delicado juego consiste en darle una toba a un jugador con los ojos cerrados y la cabeza gacha, el cual tiene que adivinar quién le ha dado; ¿que no lo adivina?, vuelta a empezar; ¿que lo adivina?: el que le ha dado ocupa su puesto. Semiónov vio cómo uno de sus compañeros recibía una descarga de capirotaños y cómo la víctima, al levantarse, se llevaba las manos a la cabeza.

«¡Eso es!», repitió Semiónov para sus adentros, y se dirigió a la quinta fila.

Aquí en un grupo estaban jugando a las tres cartas, y en otro a las narices, un conocido juego de naipes en el que al perdedor le golpean en la nariz con la baraja.

Semiónov prosiguió hasta la séptima hilera de pupitres y disfrutó viendo cómo seis estudiantes se columpiaban. Los seis, agarrados al pupitre, se balanceaban para adelante y para atrás.

En la siguiente fila el Mitaja interpretaba un Bogoródichen¹³ chasqueando los dedos, es decir, cantaba a pleno pulmón «Gloria

13. Un *Bogoródichen* (equivalente ruso del griego Θεοτοκίον) es un himno dedicado a la Virgen María (*Bogoróditsa*) en la liturgia ortodoxa; uno de estos himnos empieza precisamente con las palabras «Gloria del mundo entero».

del mundo entero» al ritmo del chasquido de sus dedos. Muy cerca, el Disparates (otro mote) jugaba al runruneo, haciendo vibrar con los dedos sus gruesos labios, los cuales, al entrechocar, runrunearon, según la expresión local. Un tercer artista intentaba decir lo más deprisa posible: «Tres tristes tigres triscan trigo en un trigal», o: «El cielo está enladrillado, quién lo desenladrillará».

Finalmente Semiónov se aproximó a la pared. Aquí el Omega y Chabria Seisorejas jugaban a escupitajos. Ambos escupían contra la pared, tratando de llegar lo más alto posible. Estaba en juego una unción. Chabria Seisorejas llegó más alto.

—¡Acércala! —le dijo, extendiendo su manaza en el aire.

El Omega le acercó la jeta.

—¡Hínchala! —dijo Chabria.

El Omega hinchó las mejillas.

—¡Más!

El Omega las hinchó tanto que se puso rojo.

—Por arriba —empezó Chabria, colocando la mano en la frente del Omega—, por abajo —colocándola en la barbilla—, a los lados —colocando las manos en los dos carrillos—. ¡Hínchala bien!

El Omega hinchó las mejillas.

—¡Y por todas partes! —exclamó triunfante Chabria Seisorejas.

Diciendo lo cual aplastó la cara del Omega con las palmas de sus manos, de modo que algunos pliegues fofos y brillantes de piel asomaban entre los dedos, y sacudió sus bien cebados carrillos hacia arriba y hacia abajo.

Semiónov estaba aburrido. No sabía qué hacer...

—¡Pirulís, priániki! ¡Pirulís, priániki!

Era la voz de Elpaja, que solía traficar con priániki y pirulís, lo cual le proporcionaba un considerable beneficio, pues los compraba al peso y los vendía por unidades.

Semiónov se plantó a su lado.

—¿Cuánto? —le preguntó Elpaja, echando un vistazo a su alrededor; la comunidad había prohibido que nadie hablara con Semiónov, pero a Elpaja le podía su afán de lucro.

... ..

Lecciones de francés

Relato

Es curioso cómo, igual que ante nuestros padres, siempre nos sentimos culpables también ante nuestros maestros. Y no por las cosas que hicimos en la escuela, sino por lo que ha sido de nosotros después.

* * *

En el año cuarenta y ocho empecé quinto curso. O mejor dicho, me mudé a quinto curso: en mi aldea únicamente había escuela primaria, de manera que para seguir estudiando tuve que abandonar mi casa y marcharme al distrito central, a cincuenta kilómetros de distancia. Mi madre fue una semana antes, convenció a una conocida suya de que me permitiera vivir con ella y el último día de agosto el tío Vania, conductor del único camión de nuestro koljoz, me llevó hasta la calle Podkámennaya, donde iba a vivir; me ayudó a llevar hasta la casa el petate con mi ropa de cama, me dio unas palmadas de despedida en la espalda con gesto aprobador y se fue. Y así, a mis once años, comencé a vivir solo.

Era una época de hambrunas, nuestra madre tenía tres hijos y yo era el mayor. En primavera, cuando apretaba más el hambre, yo comía, y obligaba a mi hermana a que comiera también los brotes que germinaban en las patatas y granos de avena y centeno que, al disolverse en el estómago, conseguían que dejáramos de pensar todo el día en la comida. Durante el verano regábamos afanosos nuestras semillas con agua del río Angará, pero por alguna razón no recogíamos ninguna cosecha, o bien era tan escasa que apenas la apreciábamos. Creo que no es un pasatiempo del todo inútil y que puede llegar a dar frutos, pero algo había que nosotros hacíamos mal por falta de experiencia.

Me resulta difícil adivinar por qué mi madre decidió enviarme al distrito (en nuestro pueblo llamábamos simplemente “distrito” al distrito central). No teníamos padre, vivíamos con bastante estrechez, y ella debió de pensar que no podía irnos peor. Yo era un buen estudiante, acudía a la escuela de buena gana y en el pueblo me tenían por un lumbreras: escribía y leía las cartas a las ancianas, leí todos los libros que había en nuestra modesta biblioteca y por las tardes contaba a los niños historias sacadas de esos libros, añadiendo una buena parte de mi cosecha. Pero mi auténtica reputación llegó gracias a los bonos del Estado. Durante la guerra, la gente acumuló muchos de ellos, teníamos ganadores muy a menudo y entonces me traían los bonos a mí. Decían que tenía un ojo con suerte. A decir verdad, las más de las veces se trataba de ganancias pequeñas, pero en aquellos años los campesinos del koljoz se contentaban con unas pocas monedas, y mis manos repartían una suerte totalmente imprevista. Su alegría se me contagiaba sin quererlo. A mí me trataban mejor que a los demás muchachos, incluso solía recibir raciones extra de comida; en una ocasión el tío Iliá, un viejo tremendamente agarrado, habiendo ganado cuatrocientos rublos y desbordado por la emoción, me regaló un balde lleno de patatas. En plena primavera, aquello equivalía a una gran fortuna.

Y todo porque yo podía leer los números de los bonos. A mi madre le decían:

—Ese hijo tuyo tiene buena cabeza. Debes darle educación. Saber leer y escribir no le vendrá mal.

Y mi madre, a pesar de todas las adversidades, me mandó a estudiar, algo que nadie en nuestro pueblo había hecho antes. Yo fui el primero. No sabía qué iba a ser de mí, qué aventuras esperaban a un muchacho como yo en aquel nuevo lugar.

La escuela también se me dio bien allí. ¿Cómo podía ser de otra manera? Para eso había ido, no tenía otra cosa que hacer y en aquella época solía esforzarme al máximo en todas mis tareas. Apenas me atrevía a ir a la escuela si me quedaba aunque fuera una sola lección sin leer, de manera que sacaba dieces en todas las asignaturas, excepto en francés.

Mi único problema con el francés era la pronunciación. Memorizaba fácilmente las palabras y los giros idiomáticos, traducía con rapidez, me las arreglaba con las complicadísimas reglas de ortografía, pero en mi cabeza la pronunciación se veía afectada por mi árbol genealógico al completo, pues en él nadie había pronunciado jamás una palabra en lengua extranjera, dudo incluso que hubieran sospechado siquiera de su existencia. Yo maltrataba el francés al estilo de los antiguos trabalenguas rusos, tragándome la mitad de los sonidos innecesarios y soltando a quemarropa la otra mitad en pequeñas ráfagas de ladridos. Cuando Lidia Mijáilovna, la maestra de francés, me escuchaba hablar, torcía el gesto impotente y cerraba los ojos. Naturalmente, no había oído nada igual. Me enseñaba una y otra vez cómo se pronunciaban las nasales, los grupos de consonantes, me pedía que repitiera, yo me perdía, la lengua se me anquilosaba y no se movía. Todo fue en vano. Pero lo peor empezaba cuando volvía de la escuela. Siempre tenía alguna distracción, algo que hacer, los niños me perseguían y, quisiera o no, me veía obligado a correr, a jugar con ellos, y después, en clase, tenía que concentrarme. Pero apenas me quedaba solo, de pronto se apoderaba de mí la nostalgia: la nostalgia de mi casa, de mi pueblo. Hasta entonces no me había separado de mi familia ni un solo día y no estaba acostumbrado a vivir entre personas extrañas. En aquella época me invadía un odioso sentimiento de amargura, peor que cualquier enfermedad. Yo solo quería una cosa, soñaba únicamente con una cosa: ir a casa. Adelgacé mucho; mi madre se asustó al verme cuando vino a visitarme a finales de septiembre. Con ella me hacía el fuerte, no me quejaba ni lloraba, pero cuando ella se disponía a marcharse, no aguanté más y eché a correr llorando tras el coche. Mi madre agitaba los brazos para que me detuviera, para que no me avergonzara ni la avergonzara a ella, pero yo no entendía nada. Entonces cambió de idea y detuvo el coche.

—Haz la maleta —me dijo cuando la alcancé—. Ya basta, ya has estudiado bastante, nos vamos a casa.

Pero yo recapacité y me di la vuelta corriendo.

No solo adelgacé por la nostalgia de mi hogar. Tampoco comía lo suficiente. En otoño, cuando el tío Vania venía a vender grano a un pueblo cerca de la ciudad, me traía comida que mi madre enviaba con bastante frecuencia, casi una vez por semana. El problema era que no tenía suficiente. No me enviaban más que pan y patatas, en muy contadas ocasiones añadía mi madre una pequeña lata de requesón que seguramente cambiaba por algo, ya que nosotros no teníamos vaca. Cuando llegaba parecía mucha comida, pero después de dos días no quedaba nada. Muy pronto comencé a notar que una buena parte de mi pan desaparecía extrañamente. Un día hice por comprobarlo y vi que, en efecto, se esfumaba. Lo mismo sucedía con las patatas. Nunca supe quién se lo llevaba, si la tía Nadia, una mujer chillona y siempre atareada que se las apañaba como podía con tres niños, alguna de sus dos hijas mayores o Fedka, el pequeño. Me estremecía solo de pensar en ello y ni se me pasó por la cabeza investigar. Lo único que me dolía era que mi madre quitaba la comida de la boca a mis hermanos para enviármela a mí y después otros se la comían. Me resigné a vivir con ello. Después de todo, saberlo tampoco iba a hacerle ningún bien a mi madre.

El hambre en el distrito no se parecía en nada al hambre en la aldea. Allí, especialmente en otoño, siempre podías capturar o pescar algo, en el río Angará había peces y en los bosques era fácil encontrar algún pájaro. Pero aquí todo era vacío a mi alrededor: vivía entre personas ajenas, los huertos eran ajenos y aquel lugar también me era ajeno. El pequeño riachuelo que pasaba por allí estaba plagado de redes de pescar. Un domingo estuve todo el día sentado con un anzuelo y pesqué tres diminutos gobios, del tamaño de cucharillas de té. No podría decir que fuera a engordar demasiado con aquella pesca. Nunca más regresé: ¡qué manera de perder el tiempo! Por las tardes daba vueltas por del salón de té, en el mercado, miraba los precios de cada cosa tragando saliva y me volvía a casa con las manos vacías. La tía Nadia tenía siempre en la cocina una tetera caliente; yo solía beber un poco de agua para calentar el estómago y me iba a dormir. Por la mañana volvía a la escuela. Y así continuaba todo hasta el feliz

momento en que un camión se detenía junto a la valla y llamaba a la puerta el tío Vania. Con lo hambriento que yo estaba y sabiendo que mi comida no aguantaría mucho tiempo pese a mis esfuerzos por racionarla, comía hasta reventar, hasta que me dolía el estómago y después, al cabo de uno o dos días, volvía a quedarme a dos velas.

* * *

En una ocasión, todavía en septiembre, Fedka me preguntó:

—¿Te atreves a jugar a la *chika*?

—¿Qué es la *chika*? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Es un juego. Se juega con dinero. Si tienes dinero, vamos a jugar.

—No tengo dinero.

—Yo tampoco. Vamos, aunque sea a mirar. Verás qué divertido.

Fedka me llevó detrás de los huertos. Después recorrimos el borde de un bancal alargado y lleno de ortigas negras, que se confundían con unos racimos flácidos de semillas venenosas, pasamos por un antiguo vertedero, saltando de un montículo a otro y más abajo, en una pequeña hondonada despejada y lisa, vimos a unos niños. Nos acercamos. Los muchachos nos miraron atentamente. Todos ellos tenían más o menos mi misma edad, salvo uno, alto y fuerte y con un flequillo largo y pelirrojo que le caía por la mejilla. Sin duda, era el que mandaba allí. De pronto recordé su cara: iba a séptimo curso.

—¿Por qué has traído a este? —dijo, desconfiado, a Fedka.

—No te preocupes, Vádik, no pasa nada —le tranquilizó Fedka.— Vive conmigo.

—¿Quieres jugar? —me preguntó Vádik.

—No tengo dinero.

—Pues mira, y no digas a nadie que estamos aquí.

—¡No soy ningún chivato! —respondí ofendido.

Dejaron de prestarme atención, yo me hice a un lado y empecé a observar. No todos jugaban, únicamente seis o siete lo hacían, el resto solo miraba y animaba, sobre todo a Vádik. Allí él era el amo, eso lo noté de inmediato.

Las reglas del juego eran muy simples. Cada uno ponía una moneda de diez kopeks. Las monedas se apilaban con la cruz hacia arriba en una zona delimitada por una delgada línea, a unos dos metros de la pila; y por el otro lado, desde una roca hundida en tierra y que servía para apoyar el pie más avanzado, arrojaban un disco redondo de piedra. Había que tirarlo de modo que se acercara lo más posible a la línea, pero sin rebasarla. Si lo conseguías, eras el primero en intentar dar la vuelta a las monedas de la pila. Aquella misma piedra se lanzaba ahora contra las monedas, intentando darles la vuelta. Si lograbas dar la vuelta a la primera, era tuya y seguías tirando el disco. Cuando fallabas, el turno pasaba al siguiente. Pero la mejor jugada de todas era cuando la piedra derribaba la pila entera. En ese caso, con que solo una de ellas se hubiera dado la vuelta, ganabas todo el bote y el juego volvía a comenzar.

Vádik era muy listo. Siempre lanzaba el último, cuando podía hacerse una idea clara de la situación y saber hacia dónde debía tirar la piedra para quedar por delante. El dinero solía ser para el primero, rara vez llegaba el turno a uno de los últimos. Es posible que todos conocieran las artimañas de Vádik, pero nadie se atrevía a decírselo a la cara. Lo cierto es que también era buen lanzador. Se acercaba a la roca y doblaba ligeramente las rodillas. Guiñando un ojo, apuntaba con la piedra al objetivo y se enderezaba lenta y pausadamente. La piedra se deslizaba entre sus dedos y caía justo donde él había apuntado. Con un rápido movimiento de cabeza se echaba el flequillo hacia arriba, escupía con desdén hacia un lado, como queriendo decir que el trabajo estaba hecho y, de forma deliberadamente lenta y perezosa, avanzaba hacia el dinero. Si las monedas estaban todas amontonadas, daba un golpe seco y sonoro; en cambio, si había una moneda apartada del resto, la golpeaba suavemente, con cuidado de que no saltara demasiado alto y de que únicamente pudiera darse la vuelta. Nadie más sabía hacer eso. Los demás chicos tiraban al tuntún y siempre andaban echando mano al bolsillo, y cuando a alguno se le acababan las monedas, pasaba a ser espectador.

A mí me pareció que, si tuviera dinero, no se me daría mal. En mi pueblo jugábamos a las tabas, y aquello también requería

tener buen ojo. Además, a mí me gustaba inventar distracciones para practicar la puntería: cogía un puñado de piedras, buscaba un objetivo algo difícil de alcanzar y lanzaba hasta que conseguía un resultado perfecto: diez de diez. Lanzaba desde arriba, hacia atrás y desde abajo, consiguiendo que la piedra se posara sobre el objetivo. De modo que tenía cierta práctica. Pero no tenía dinero.

Mi madre me enviaba pan porque mi familia no tenía dinero, de lo contrario podría haberlo comprado yo mismo allí. ¿Pero de dónde sacar dinero en un *koljoz*? Apenas un par de veces me envió mi madre un billete de cinco rublos, metido en el sobre de la carta, para que comprara leche. Al cambio actual aquello equivalía a cincuenta kopeks, no era para echar cohetes, pero era dinero al fin y al cabo, con él podías comprar en el mercado cinco latas de medio litro de leche, a rublo la lata. Para mí la leche era necesaria porque padecía anemia y a menudo la cabeza comenzaba a darme vueltas, sin venir a cuento.

Pero la tercera vez que recibí cinco rublos no fui a comprar leche, sino que cambié el billete y fui directo al vertedero. Aquel sitio estaba bien escogido, sin duda: un claro rodeado de colinas, imposible ver nada desde ningún lugar. En la aldea, estos juegos no estaban permitidos a la vista de los adultos, hubiesen amenazado con llamar al director o a la policía. Pero allí no nos molestaba nadie. Y no estaba muy lejos, en diez minutos llegabas corriendo.

La primera vez perdí noventa kopeks y la segunda sesenta. Evidentemente, me daba mucha rabia perder aquel dinero, pero tenía la impresión de que todavía me estaba adaptando al juego, de que mi mano se estaba acostumbrando poco a poco a la piedra y aprendía a aplicar al lanzamiento la fuerza necesaria para que fuera certero; también mis ojos aprendían a saber de antemano dónde iba a caer la piedra y la distancia que recorrería, deslizándose por el suelo. Al anoecer, cuando todos se iban, yo volvía allí, sacaba la piedra que Vádik escondía bajo una roca, cogía monedas del bolsillo y practicaba lanzamientos hasta que se hacía de noche. Llegué a conseguir que, de diez lanzamientos, tres o cuatro acertaran en la pila de monedas.

Y inalmente llegó el día de mi primera victoria.

... ..

ANDRÉI
KONCHALOVSKI

EL PRIMER MAESTRO



ХУДОЖЕСТВЕННЫЙ ФИЛЬМ

/По одноименной повести
лауреата Ленинской премии
Чынгыза АЙМАТОВА/
Сценарий Чынгыза АЙМАТОВА,
Бориса ДОБРЫДЕВА,
при участии
А. МИХАЛКОВА-КОЧАЛОВСКОГО
Постановка
Андрея МИХАЛКОВА-КОЧАЛОВСКОГО
В главных ролях: Билал БЕЙШЕНАЛИЕВ,
Наталья АРИНДА САРОВА,
Дмитрий КУВШКОВ, Марис ИГОМБАЕВ

ПЕРВЫЙ УЧИТЕЛЬ

ПРОИЗВОДСТВО КИНОСТУДИЙ «КИРГИЗФИЛЬМ» И «МОСФИЛЬМ»

Режиссер: М. Сидоров. Автор сценария: Ч. Айтматов. Оператор: М. Сидоров. Директор: М. Сидоров. Фильм в 1-й серии. Длительность: 100 мин. Выпущено в 1988 г.



El primer maestro
Andréi Konchalovski

Año 1965
País URSS
Título original *Pervyi uchitel*
Guión Chingiz Aitmatov, Boris Dobrodeev y
Andrei Konchalovski, sobre la novela del primero (existen traducciones
al castellano: Salamanca 1986, Círculo de Lectores 1993).
Dirección de fotografía Georgy Rerberg
Dirección artística Mikhail Romadin
Música Viacheslav Ovchinnikov
Sonido Evgeni Kashkevich, Sofia Katsenelenbogen
Edición E. Ladyzhenskaya
Producción Mosfilm, Kirgizfilm
Duración 102 minutos, b/n, 2779 m
Intérpretes: Natalya Arinbasarova, Bolot Beishenaliev,
Darkul' Kyukova, Idris Nogaibaev, Sovetbek Dzhumadylov,
Baken Kadykeeva, Clara Yusupdzhanova, Nazret Dubashev,
Kasum Zharkinbaev

El primer maestro

Andréi Konchalovski

Dyuisheh es enviado a las montañas de la República del Kirguistán, en Asia Central, por la Liga de las Juventudes Comunistas, una vez se ha licenciado en el Ejército Rojo. Estamos en 1923 y la guerra civil ya ha terminado. El soldado se convierte en maestro para llevar la filosofía de Lenin a una remota región musulmana, donde los ancianos de las tribus no permiten que los niños vayan a la escuela. Dyuisheh se enamora de una de sus alumnas, pero la joven es vendida por su padre a un rico jefe de tribu.

El director, sobre su película

« Llegué en avión al Kirguistán. Aquello estaba lleno de gente hablando una lengua gutural, muy extraña y oliendo casi a oveja. “¡Dios mío!, ¿dónde me he metido?”, pensé. Y me quedé bloqueado, presa de horror. No quería ni quitarme el abrigo, ¿qué sentido tendría quedarse allí? Bueno, pues voy a echar un vistazo y luego me largo. Pero, ¿realmente iba a haber un día en que yo volviese a Moscú con 25.000 metros de película filmada en este lugar? *El primer maestro* fue mi primer largometraje. Para hacerla tuve que viajar al extranjero, pero nadie me preguntó: “Y tú, ¿piensas volver?”»
<http://www.akonchalovsky.ru/works/film/first-teacher/>

Premios

Copa Volpi a la Mejor Actriz, para Natalya Arinbasarova, Festival de Venecia 1966. Premio Jussi de la Academia Finlandesa de Cine, al Mejor Director Extranjero, Helsinki 1973.

La crítica dijo

El primer maestro, primer largometraje del joven realizador soviético Andrei Mikhalkov-Konchalovski, con guión del novelista kirguistanés Aitmatov y rodado en un pequeño poblado del Kirguistán, ha sido sin duda una de las revelaciones de la sección oficial de esta XXVII Mostra di Venecia.

Un joven kirguistanés con uniforme del Ejército Rojo, obsesionado por una idea de la Revolución casi mesiánica —se llega a declarar un «apóstol» de Lenin—, se propone con una tenacidad increíble, a pesar de la ironía y la incompreensión que le rodea, fundar la primera escuela en una pequeña aldea salvaje, perdida en las montañas. La película no se asemeja sin embargo ni a *Hijo de Mongolia* de Ilya Trauberg, ni a *El camino de la vida*, de Nicolai Ekk, ni a *Vivir* de Kurosawa; sino que recuerda más bien las aventuras de Bwana Toshi pero no en África, sino en Asia Central, siguiendo el camino de John Ford (*Siete mujeres*). El didactismo, tal y como aparece en la película (pues se trata ante todo de una película «didáctica»), no está motivado tanto por el realismo socialista cuanto por un romanticismo heroico. Es un didactismo a secas, simple, ingenuo, directo, casi brutal y —aquí reside el misterio de la película— extraordinariamente convincente. ¿Será así, tal vez, porque la «ideología» no está encarnada en un personaje ejemplar (Duyshen no es el símbolo de la Revolución) sino porque se nutre de relaciones humanas? Duyshen, el protagonista de la película, es el personaje más necio de la historia del cine. Decidido a convertirse en pionero en una cultura aldeana, este hombre, por otro lado ignorante como pocos y que no tiene más armas que su fe absoluta en Lenin, desconoce completamente qué es lo que necesita enseñar. En el aula acondicionada en un granero, este primer instructor, sudoroso y asombrado, encuentra frente a él a unos niños que le observan con fijeza, y a su alrededor ovejas que balan y gallinas que cacarean. Cuando conoce la muerte de su venerado Lenin (estamos en 1923), pierde todo su equilibrio físico y mental, como si Dios

mismo hubiese muerto. Violento y salvaje, pero torpe como los demás, no sabe medirse y nunca llega a ser consciente de su imbecilidad. Se trata de un antihéroe típico o, cuando menos, de un protagonista nada melodramático. Esa es la razón por la cual ese «colonialismo» tan brutal de *El primer maestro*, en vez de ser una pieza de propaganda más o menos fastidiosa, nos aporta una secuencia de gags realmente extraordinarios. Ahí radica justamente la grandeza de esta película que no contradice, sino que exalta la ideología revolucionaria.

Todos los planos de la película son de una crudeza extrema; los primeros planos inmóviles, panorámicos, silenciosos, carentes de significado, de una cadena de montañas, nos impregnan de la atmósfera exótica de este país desértico, como un único primer plano de un *western* de Ford nos recuerda la presencia alucinante de los grandes espacios del Oeste. Esa «crudeza» técnica de la narración se revela también eficaz en la historia de una joven mujer enamorada de su primer maestro, porque *El primer maestro* es también una crónica triste y emocionante de un primer amor en la tierna adolescencia. Los momentos más bellos del filme están ahí; aquellos, por ejemplo, en los que, después de haber sido violada por el salvaje patrón de la aldea, la joven mujer (la encantadora Natalia Arinbasarova) se baña completamente desnuda en un torrente serrano, bajo un chaparrón invernal, para purificarse de alma y cuerpo.

Por su sentido cinematográfico puro y brutal, por su sentido del humor violento y su ternura trágica, Andrei Mikhallov-Konchalovski, auténtico heredero de Boris Barnet, nos ha revelado a las claras el nacimiento de un nuevo cine soviético¹.

1. Yamada Koichi, «Venisse 66: Commentaires», *Cahiers du Cinéma* n° 183 (oct. 1966), pp. 32-33.

ANDRÉI KONCHALOVSKI

MISHKIN
EDICIONES

EL PRIMER MAESTRO

1965



RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS DEL PRODUCTOR Y DEL PROPIETARIO DE LA OBRA GRABADA. PROHIBIDA LA REPRODUCCION Y GESTION DE USO DEL SOPORTE Y LA UTILIZACION PARA EJECUCION PUBLICA, RADIOFUSION Y VIDEO COMUNITARIO. TITULAR DE LA LICENCIA: MISHKIN EDICIONES S. L. ICAEX Nº 134441. NO RECOMENDADA PARA MENORES DE 12 AÑOS. 94'56"